Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 20

San José, Costa Rica 1925 Lunes 26 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El Comité Internacional de Cooperación Intelectual y el Congreso Libre de Intelectuales Latino Americanos

=Carta abierta al insigne maestro de la juventud hispanoamericana, don Enrique José Varona=

Venerado y generoso Maestro:

Esta vez—después de un lapso de tiempo en el que no ha descansado mi voluntad — me lleva hacia usted la voz de Rodó el Inolvidable. No he abandonado el proyecto, tan benevolamente acogido por usted, de reunir en un congreso libre a los pensadores de nuestra América. Y ahora, con motivo de la celebración del Centenario de Ayacucho, al disponerme a escribir una defensa de la idea —desgraciadamente, maestro, aun requieren defensa estas ideas entre nosotros!— encuentro por un feliz azar (diríase providencial) la carta de mayo 7 de 1900 donde el gran uruguayo le decía: «Tengo, además, otro propósito al remitirle a usted mi *Ariel.* Es, éste, libro de propaganda, de combate, de ideas. He querido proponer en sus páginas, a la juventud de la América Latina, una «profesión de fe» que ella puede hacer suya. Me han inspirado, para hacerlo, dos sentimientos principales: mi amor vehemente por la vida de la Inteligencia y dentro de ella por la vida del Arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de raza, mi pasión de *Latino,* que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamental en su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora»,

«Usted—agrega después Rodó en esa carta llena de emoción sencilla y noble—puede ser, en realidad, el *Próspero* de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero*».

Ha llegado el momento de conferir a los anhelos de Rodó la parte de realización de que hasta hoy han estado privados. *Ariel* ha sido, como él lo deseara, «una bandera para la juventud hispanoamericana». Pero esa juventud que supo hacer de *Ariel* un gallardo y nobilísimo pendón, es madurez ya; y como tal anhela dejar plasmada en obra definitiva y firme la substancia inefable que insitgó sus inquietudes moceriles. La genial y maravillosa obra de arquitectura espiritual bosquejada en *Ariel* no se ha iniciado; no ha sido bautizada ni reconocida exprofesamente en un Concilio autorizado y solemne de la Nueva Raza. Y he aquí que la celebración del Centenario de la gran batalla de Ayacucho nos conduce a la realización de tan significativo y trascendente acto. En este sentido hemos trabajado con ahinco algunos hombres despojados «de todo lo que el mundo llama valor»... Tal vez aún estamos lejos de

Dr. E. J. Varona

Visto por MASSAGUER

la entrevista meta, mas nos sentimos con aliento suficiente para ultrapasarla. Y a exponerle nuestros esfuerzos y las convicciones en que se inspiran se contrae esta carta que quisiera llevarle la certeza de que pronto hemos de «agruparnos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero*».

A los iniciadores de esta idea sencillísima de reunir en un congreso fraternal a los pensadores de nuestra América se nos pregunta con frecuencia qué finalidad tendría la reunión deseada. Hay quienes no sólo preguntan; hay quienes oponen al proyecto objeciones más o menos atendibles.

Esa actitud ya escéptica, ya pesimista, ya meramente obstruccionista de quienes no han tenido la suerte de recoger en los ojos un reflejo de la luz profética de que estaban llenos los mensajes del maestro, sorprende de pronto a las inteligencias que se han formado al calor y al resplandor inefables de esa luz. Mas, si no existieran ese escepticismo, ese pesimismo y ese espíritu obstruccionista, no sería necesaria la *organización del apostolado* (aunque parezcan contradictorios estos términos) que ahora propugnamos.

Se explica la actitud de los escépticos sinceros (a las objeciones insinceras no les hacemos el honor de ser consideradas) después de tantos años de absoluto desconcierto. Cierta fuerza de inercia mental induce — aún a hombres de reconocida perspicacia como don Leopoldo Lugones—que «siempre será así» mientras no aprendamos a disciplinarnos cada uno aisladamente, es decir, pueblo por pueblo. A nada conduciría, en efecto, una unión de desconciertos. Pero ¿no es evidente la falsedad de ese argumento si se mira que, en realidad, el desconcierto proviene precisamente de la no existencia interior de órgano cuya eficacia pretende negarse *a priori?* Se ha ensayado hasta el cansancio, es verdad, con casi nulos resultados, el método de las conferencias. Las de Europa han sido sólo fracasos estruendosos. Las de América... mal nacidas, no han sido — a pesar de eso — tan inútiles. Las únicas conferencias que no se han llegado a realizar son precisamente aquellas que por su propia índole y tendencias tenían poco menos que descontado el éxito feliz: *las conferencias hispanoamericanas o latinoamericanas, no oficiales.*

El famoso proyecto de Bolívar, tan magistralmente comentado por Monteagudo en su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización,* lleva un siglo de postergación. La torpe política de aislamiento en que hemos vivido desde los primeros fracasos del plan ideado por Bolívar sería inexcusable e imperdonable si no pudiera señalarse como causas atenuantes las intrigas lugareñas y las ocultas influencias europeas. De todos modos ¿cómo explicarse, sin sentir conatos de ira contra la ceguera reinante, la apatía y la indiferencia de nuestros estadistas, diplomáticos y publicistas para con todo lo que al plan de Bolívar se refiere desde 1825 hasta la iniciación de los Congresos panamericanos provocada por Blaine? ¿Cómo ha sido posible aceptar lógicamente la conveniencia y la utilidad de los Congresos panamericanos al mismo tiempo que se miraba con negligencia, si no con desdén, la idea de la unión iberoamericana? ¿Qué causas extrañas concurrieron para extraviar el criterio político de nuestros dirigentes hasta el extremo de que en 1862 quedasen paralizadas las gestiones tendientes a la unificación y armonía? ¿Qué extraña locura mantuvo señeros y aislados a nuestros gobiernos y nuestros pueblos, entregados al régimen de los egoísmos y de las rivalidades más torpes, hasta culminar en el crimen imperdonable del 79? ¿Hubiera sido posible esa guerra infame y miserable si el plan de una *Liga de los pueblos hispanoamericanos* hubiera seguido siquiera discutiéndose? ¿Por qué bastó la negativa del ministro argentino Elizalde a suscribir un tratado para paralizar las negociaciones cuya utilidad, en forma más amplia y general, él mismo reconocía al contestar la nota de propuesta del plenipotenciario peruano Buenaventura Seoane? ¿Qué miopía predominaba entonces en las inteligencias que impedía ver la necesidad de esa «alianza moral, no política, de estos pueblos identificados en intereses y en esperanzas» a que se refería el ministro colombiano, señor Ancízar, en nota dirigida a su colega costarricense con fecha de junio 6 de 1862?...

Pero, en fin, no vamos a hacer la historia lamentable de los fracasos. Intentamos, más bien, enderezar los rumbos.

¿Qué lo impide? ¿Qué obstáculos han ido aumentando la increíble ineptitud política de los hombres de las décadas pasadas en el camino hacia la unión bellamente concebida por Bolívar y que hoy tan fervorosamente sienten las nuevas generaciones? Ya tenemos por delante innumerables intereses con sus cortejos de mala fe y de intrigas. Mas para nuestro proyecto, para el primer paso que intentamos dar en el gran camino, ningún obstáculo de los actuales resulta insuperable.

Dentro de los estrechos límites a que nos reduce esta carta—que no intenta por cierto llevar al espíritu del gran maestro convicciones y conceptos en los que es inmensamente rico—examinemos la situación actual de nuestros pueblos frente a los embolismos de la vida internacional europea, embolismos en los que—quieran o no reconocerlo oficialmente, los norteamericanos están vitalmente comprometidos.

Ya desde fines del siglo XIX podía presentarse esquemáticamente el desplazamiento de los centros progresivos del esfuerzo cultural y civilizador, diciendo que si en el siglo XVIII el lábaro de la civilización occidental había pasado de Europa a Norte América, todo indicaba que en el siglo XX éste pasaría a conferir grandeza y dignidad y significación universal a los pueblos del Sur. No otra interpretación puede darse a las elocuentes y magistrales manifestaciones de Sáenz Peña y otros delegados hispanoamericanos en las primeras deliberaciones producidas por la *desviación yanquilandesa* del ideal bolivariano. Si desde hace treinta y cinco años la diferenciación y el distanciamiento cultural e institucional entre el grupo del Norte y el del Sur era evidente, aun prescindiendo de las cuestiones de raza, idioma, cultos y tradiciones: ¡cuánto más real y profunda es la *diversificación* producida por el desarrollo político, económico e industrial de los últimos años, cuyas escorias ha puesto a flote el crisol de la guerra! Los últimos acontecimientos de la historia universal han incorporado para siempre—si no lo remedia la potente reac-

ción progresivista que encabeza La Follette—la tierra de Lincoln, Lowell y Emerson al ciclo o régimen de las *potencias arbitrarias*, ese conglomerado amorfo y caótico de intereses y pasiones en discordia cuya ciega ferocidad patentizó, a través de las vestiduras y falsas dignidades de un concepto de civilización que fracasaba, el bestial conflicto de 1914, baldón que llevarán eternamente sobre su frente los hombres representativos del oficialismo de los primeros años de este siglo. Tarde han empezado ellos a despertar con Nitti y otros de la trágica pesadilla de los megalomaniacos en que sumió al mundo la morbosa ambición de Guillermo II, vértice apasionado de un error materialista que no fué, ni con mucho, exclusivamente germánico, sino del que, antes bien, participaron los «defensores de la civilización y del derecho». Tarde han empezado a reaccionar ellos, y muchas señales de los tiempos parecen anunciar una nueva y siniestra persistencia en el error. Mientras tanto ¿acertamos a definir la disidencia que se impone?

Bolívar instaba con vehemencia, en la primera circular de invitación al Congreso de Panamá (diciembre 7 de 1824, es decir, tres días después de Ayacucho) a la aceptación del plan. «Diferir por más tiempo la asamblea general de los Plenipotenciarios de las Repúblicas que de hecho están ya confederados, hasta que se verifique la accesión de los demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación», decía el genial Libertador. Y añadía: «Estas ventajas se aumentan prodigiosamente si se contempla el cuadro que ofrece el mundo político y muy particularmente el continente europeo». Si eso decía hace cien años el egregio caraqueño ¿imaginamos lo que diría contemplando la situación actual? El abate de Pradt declaraba entonces que los siglos no presenciarían «un espectáculo más digno de la civilización que el del Congreso Americano». ¿Por qué han carecido de esa dignidad y de esa grandeza los congresos pan-americanos?... No entraremos a hacer un prolijo examen de los orígenes y el desarrollo de esas asambleas cuyo valor y cuya significación como medio de acercamiento entre los pueblos de nuestro hemisferio han sido debidamente apreciadas por críticos autorizados y confrontadas por los hechos mismos. A este respecto, permítanos el querido maestro recordar solamente las palabras de Mr. David A. Wells citadas por el *Herald* de New York (febrero 9, 1887) a propósito de una proposición semejante a la de Blaine para reunir una conferencia internacional americana en Washington, debida al diputado Mc. Creacy. Según Mr. Wells—escribe el *Herald*—«the whole history of our dealings with our sister republics is the history of a big bully dealing with weak and defensceless neighbors in a spirit of narrow and shameless selfishness». El *Herald* comentaba: «Mr. Wells is right, and it results that the people of our «sister republic» think of us not with love or confidence, but with apprehension of our designs and a prayer that we may leave them alone». *Las Novedades,* órgano de publicidad hispano-americano que se editaba en New York por esos años, reproducía otro fragmento bastante significativo de lo que, según el *Herald*, podían contestar a la invitación norteamericana «todos los hombres de Estado de Sur y Centro América»: «Caballeros del Congreso de los Estados Unidos—dirían los supuestos hombres de Estado—ustedes se han negado por varios años a poner en vigor el tratado de comercio con México (la historia se repite: recuérdese el incidente gallardamente promovido por el delegado centroamericano señor Alvarado Quirós en la Conferencia de Santiago); han echado ustedes a un lado otros tratados de comercio propuestos con algunos Estados centroamericanos; ha desechado así mismo ese Congreso otro tratado para construir un canal que hubiera servido más que cien conferencias para unir nuestros pueblos y nuestro comercio a los de esa nación; han vuelto ustedes la espalda a toda tendencia o proyecto encaminados a estrechar las relaciones comerciales con uno cualquiera de nosotros; sólo nos acordamos del interés que demostraron ustedes por nosotros, a quienes llaman las repúblicas hermanas, por su constante negativa a tratarnos de una manera fraternal; y sobre todo tenemos presentes los esfuerzos de Mr. Blaine para ponernos a la greña, y su majestuoso papel de árbitro no solicitado entre Chile y el Perú, entre Guatemala y México, llevando, como suelen hacerlo los mediadores a quienes nadie llama, un garrote en la mano para imponer su mediación a nuestras naciones más débiles que la suya». Bajo semejantes auspicios y en tal estado de ánimo de nuestros pueblos se inició la corriente del pan americanismo.. El éxito de la intervención norte americana solicitada o no en el momento de firmarse la paz entre el Perú y Chile lo estamos palpando... Pero, en fin, tampoco es nuestro objeto, por ahora, hacer un balance entre los daños y los beneficios (que no sería noble desconocer) producidos a nuestros pueblos por la diplomacia norte americana. Ahora sólo nos interesa justificar el carácter exclusivamente ibero americano o latino americano, si se quiere, de las reuniones proyectadas, y para eso no es necesario hacer la crítica del pan americanismo que por sí sola se evidencia.

La necesidad primordial nuestra ahora es la definición de nuestra fisonomía general como grupo de pueblos conscientes de su homogeneidad y de su común destino. Tal vez la objeción más aguda que pueda hacerse al pan americanismo es que nos desvía y nos desorienta desde ese punto de vista, resultando, por lo menos, prematuro en sus determinaciones y consejos. De todos modos, lógicamente, como ya lo hemos indicado, no puede objetarse actividad alguna de ibero americanismo, si se aceptan como buenas las minuciosas y pedestres gestiones que se hacen a título del ideal pan americano planteado, en tan diversas circunstancias y con visión tanto más elevada y generosa, por nuestro Libertador. Lo único que ha podido deslumbrar a nuestros diplomáticos y hombres de Estado, hasta el extremo de consentir que se pusiera a nuestros pueblos en condiciones de manifestar subalternidad respecto a los Estados Unidos, ha sido el fenómeno portentoso del desarrollo material de esa gran nación, el éxito estupendo de sus instituciones y de sus hombres y la tenaz política seguida por muchos de los gobernantes y publicistas más influyentes de ese país a fin de subyugarnos, haciéndonos olvidar, ante el espectáculo de su preponderancia única en la historia, el valor *distinto* y *fundamental* de nuestro aporte, también único e inalienable a la cultura de la especie humana.

Se trata, pues, no de discutir, sino de declarar o, mejor dicho, proclamar y mantener el derecho y la voluntad que nos asisten para cultivar nuestra independencia y nuestra personalidad colectivas. Se trata de caracterizar, definir y erigir en perentoria soberanía la conciencia clara e ilustrada—ya felizmente existente aunque difusa—de la misión histórica y cultural de nuestra América, que nada tiene de común con el «destino manifiesto» de los prepotentes Estados Unidos que arrebataron Texas y California a México y Panamá a Colombia, para no referirnos sino a la depredación de territorios...

En el momento de asumir esa actitud—ya con el retardo, por algunas razones, tal vez conveniente de un siglo—¿cuál es el espectáculo del mundo?... No intentaremos bosquejar siquiera el cuadro. Observemos, no más, cómo en el preciso instante en que escribimos, después de los horrores sangrientos de la guerra y de los horrores no menos cruentos y acaso más miserables de la post-guerra, las fuerzas espirituales, las fuerzas creadoras y constructivas, los elementos de organización y de ennoblecimiento de la vida, se hallan en notoria minoría e indefensas ante el desencadenamiento de los factores de destrucción y de desorden. Las mismas organizaciones ideadas, en momentos de desesperación, a fin de afrontar la tremenda crisis que atravesamos, llevan en su seno los gérmenes del mal que intentan combatir. Así como la orientación pan americana olvida con demasiada frecuencia las normas, las conveniencias y los principios verdaderos de una efectiva y sincera solidaridad continental, la hermosa creación de Wilson, la Liga de las Naciones, ha carecido desde sus orígenes, de los caracteres y requisitos indispensables que le hubieran conferido el sello inequívoco de esa solidaridad humana en la que aún algunos pertinaces utopistas insistimos en creer.

Por eso nosotros, los jóvenes americanos que aspiramos sólo a ser *los discípulos de los discípulos de Próspero*, anhelamos con vehemencia la creación de un núcleo de deliberación, propaganda y acción armónica que preste a nuestras convicciones el apoyo moral de que hoy se hallan huérfanas. Ese núcleo no puede constituírse bajo la égida de la Unión Pan-Americana ni bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, porque ninguna de estas dos instituciones reune las condiciones ni las excelencias que el criterio, desapasionado y sereno pero claro y firme, de las nuevas generaciones considera indispensables. Sin dejar de reconocer los beneficios parciales, limitados por circunstancias que no es del caso señalar, que tanto la *Liga* como la *Unión* han producido, nosotros contemplamos la urgente necesidad de estudiar cuestiones y resolver problemas exclusivamente nuestros y para los cuales ni la *Unión* ni la *Liga* resultan ser instrumentos adecuados. ¿Por qué no ha de poder crearse, al margen y por encima de todo prurito de patriotería hispánica, una institución permanente de estudios políticos, sociales, internacionales, etc. destinada a contemplar sistemáticamente y desde puntos de vista doctrinarios y elevados los problemas de nuestro complejo proceso de civilización? ¿No sería este instituto, *forum* o asamblea, un complemento, al par de la *Liga* y de la *Unión?* ¿Qué razones influyeron para que se nos condene a ese eterno desconcierto y esa eterna desvinculación moral y cultural en que hemos vivido después de los milagros de nuestra guerra de independencia? Aún desde el punto de vista de ese oficialismo neutro e ignaro de nuestras mesocracias ¿qué obstáculos insuperables se oponen a la creación de ese *forum de la raza?* La razón geográfica del pan americanismo ¿ha de primar sobre las razones espirituales del pan iberismo? ¿puede olvidarse, al considerar estas cuestiones, el infinito número de factores y circunstancias de diversa índole que unen a los pueblos de origen hispano-portugués entre sí al par que les alejan del grupo de naciones mercantiles y bélico-industriales que amalgamó la guerra de 1914? ¿pretende ignorarse ahora que de haber existido, no ya una liga política, ni una federación efectiva de nuestras naciones, sino siquiera una cordial inteligencia entre nuestros gobernantes, las absurdas actitudes producidas entre nosotros ante el conflicto de las oligarquías plutocráticas no se hubieran producido?

Mientras la humanidad sigue gimiendo bajo el régimen de estériles rivalidades de naciones dominadas por camarillas ineptas de políticos que supeditan el interés humano al de su clan; mientras el latente estado de guerra civil que reina en todos los pueblos de la tierra y el inminente peligro de una conflagración universal amenaza sumergir en una nueva ola de sangre las creaciones más bellas del espíritu humano ¿puede nuestra actitud de colectividades jóvenes e independientes ser la de la pasividad de quien espera que el incendio llegue a su casa para echar sus muebles a la calle? ¿No es en la América nuestra donde la Inteligencia está llamada a edificar la nueva *Domus Aurea* del atormentado espíritu del hombre?

A este respecto está muy bien la creación del *Comité de Cooperación Intelectual* creado por la Liga, y de él, indudablemente, tenemos mucho que esperar. Pero, entre las muchas anomalías de su constitución y modo de funcionamiento que en su corto período de existencia ha dado a conocer, permítasenos observar, a quienes vivimos igualmente alejados de las oligarquías contumaces de Europa y de las mediocres del oficialismo hispanoamericano, la muy notable de contraer su acción, sus estudios y sus propagandas a reducidísimos sectores de las grandes cuestiones y los grandes problemas de la humanidad contemporánea. Entre otras *cosas*, es extraño, en verdad, que una comisión constituida por personalidades como las de Bergson y Einstein, madame Curie y Milliken, la señorita Bonnevie y Mr. Murray, Torres Quevedo y Sir J. C. Bose, De Castro y Leopoldo Lugones, costriña su atención en lo relativo a los grandes problemas hasta el punto (y nos referimos a un caso solamente, porque el programa del C. I. C. I. y sus diversas iniciativas no han tenido difusión suficiente para llegar hasta nosotros) de constituirse en oficina de investigaciones periodísticas delegadas a la buena voluntad y a la buena fe de empleados subalternos y—esto es lo más grave—abandonadas al criterio parcial, cuando no estúpido de los «representantes oficiales» de la cultura contemporánea. Hay que conocer la diatriba, ponderada y serena pero no por eso menos severa y luminosa, que ha escrito últimamente Bertrand Russell contra el espíritu de las propagandas oficiales *(Free Thought and Official Propaganda,* B. W. Huebsch, New

York, 1922) para darse cuenta de lo que esta lamentable desviación significa. Es indudable que los eminentes miembros del Comité de Cooperación no han de cometer la ingenuidad (aunque tratándose de sabios especialistas en investigaciones propicias al candor todo cabe esperarse) de confiar en datos aportados por informaciones de esa especie; pero la modesta interpretacion que han dado de su cometido los sabios designados por la Liga para realizar, tan alto fin como es el de la cooperación intelectual es evidente si se atiende a otros procedimientos adoptados. La Liga misma estaba en crisis, como ha estado desde que nació, ya por culpa de unos, ya por culpa de otros, cuando se creó el Comité; y la condición de inferioridad efectiva en que lo colocaron sus organizadores (que por otros conceptos no podían desconocer su trascendencia) está demostrada por la indigencia de medios que ha padecido. Esto es tan cierto que, según el conocido cronista Corpus Barga, toda la fuerza dialéctica de Bergson no pudo obtener en el presupuesto de la *Sociedad de las Naciones* más que 15,000 francos para el C. I. C. I. Para las disputas todo; para la inteligencia universal... 15,000 francos!! Esta aflictiva situación, elocuente de suyo, trajo por consecuencia algo más grave (a lo que me he referido en carta a nuestro común amigo y compañero en esta gestión): el gran filósofo no podía resignarse a esa miseria; hizo un llamamiento directo y general «a la generosidad de los Estados», con el único resultado (que se sepa) de que el señor Albert, Ministro de Instrucción Pública en Francia, ofreciera en nombre de la República Francesa, la creación de un Instituto de Cooperación Intelectual con sede en París... Aun más—si no nos engañan nuestros datos—al hacer el ofrecimiento el funcionario francés hacía hincapié en la descontada y necesaria preponderancia del elemento francés en la organización del referido Instituto... Con todo esto, ¿a qué quedaría reducida la gran obra de cooperación intelectual iniciada a la hora undécima por la Liga?... Razón tenía Einstein al negarse a esa especie de cooperaciones; cedió y he ahí el fruto.

Nosotros, en el morbo de nuestro individualismo anárquico, seguimos tascando malamente los frenos y soportando las falsas riendas y las fustas de los cocheros imperiales del Norte... ¡qué soberbia caballada para los aurigas de Sam!... Ellos inventan la Liga y la abandonan para entregarse al cálculo de los intereses de sus créditos de guerra; para solidaridades, a ellos les basta con la de los caballos uncidos a su carro!... Dóciles aunque briosos!... ¿Hasta cuándo?

—

Maestro querido y venerado: Sepa usted por medio de uno de los voceros más modestos de las generaciones nuevas, que no se nos cae el eslabón de entre las manos: tenemos demasiado cerca su ejemplo... ¿Saltará alguna vez la chispa redentora?

Va con esta larga epístola cuya torpeza verbal y cuyas deficiencias de todo orden usted disimulará con su habitual benevolencia, un ejemplar de mi ensayo titulado *El Nuevo Ayacucho,* (1) que trata de tópicos no distantes de los que aquí he tocado. Próximamente informaremos a usted, mediante nuestros queridos compañeros de la Habana, de lo que aquí hemos hecho en pro de nuestra iniciativa—que ya puede decirse que marcha—con ocasión de las fiestas del Centenario. Desde luego, podemos adelantarle la buena nueva de contar con la adhesión a la idea de espíritus tan preclaros como Antonio Caso, José León Suárez, Rodrigo Octavio y Eugenio Garzón.

Mientras tanto, reciba usted los más cordiales votos que por su salud y bienestar hace su fervoroso admirador y amigo,

(f.) EDWIN ELMORE

Miraflores, Lima, Dic. 16 de 1924.

(1) Véase este ensayo en los Núms. 18 y 19 del *Repertorio Americano,* tomo en curso.

Un doctorado por "derecho divino"

Actitud de los consejos estudiantiles

Manifiesto de la F. U. de Buenos Aires

LA Universidad Nacional acaba de otorgar a Humberto de Saboya el título de doctor *honoris causa.*

En sesión solemne se ha realizado este acto torpe y cortesano, que recuerda alguna de las pleitesías que otrora se acostumbrara rendir a la majestad real.

Hombres encanecidos en el estudio, acostumbrados a meditar altos problemas científicos, viejos profesores de reconocido saber, han debido ungir con una distinción intelectual la frente serena y ligera de un joven que en el mejor de los casos cursaría el segundo año de nuestro instituto universitario.

El episodio es grotesco y mueve a risa. Lo lamentamos por el prestigio de la universidad argentina, que es en definitiva la que sufre. En Europa, en Italia, donde la cultura tiene un valor de suprema significación, la noticia de este doctorado sensacional habrá causado hondo estupor.

Muchos homenajes han podido rendirle, menos éste, que parece hecho para poner en ridículo a quienes lo prohijaron, y arrojar sobre la seriedad de nuestros títulos universitarios una mancha de cómica gravedad.

Italia no necesitaba semejante demostración para comprender que de cada corazón argentino se eleva, en estos momentos, una onda de afectuosa simpatía hacia su historia opulenta, su arte inmortal, su vitalidad sorprendente. Italia vive asociada a lo más grande y puro de la raza.

Los consejeros estudiantiles declinaron la invitación del doctor Castillo para concurrir al acto, en cartas que trascribimos a continuación.

Del Dr. C. Sánchez Viamonte:

Señor decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.—Acabo de recibir una nota de usted invitándome, en nombre del rector, «a la solemne recepción académica con que nuestra uni-

versidad rendirá su homenaje a S. A. R. Humberto de Saboya, príncipe del Piamonte»,

Ignoro en qué consistirá, exactamente, «la solemne recepción académica», pero tengo entendido que se trata de otorgarle al joven Humberto de Saboya un diploma universitario de doctor *honoris-causa* y me apresuro a enviar a usted mi respuesta.

No me explico cómo ha podido consentir el señor decano en ser vehículo de esa invitación, para un acto cuya naturaleza lo presenta como único en los anales universitarios del mundo civilizado en la época contemporánea, y que considero repugnante en mi carácter de argentino y de universitario.

Concurriría gustoso si se rindiera el homenaje a la nación italiana en la persona de alguno de sus hombres eminentes —como el profesor Orlando, verbigracia—pero reputo intolerable obsecuencia cortesana, contraria a la constitución y al espíritu de nuestra democracia, y bochornosa para nuestra cultura, esta demostración de que la sabiduría y la ciencia se obtienen por prerrogativa de nacimiento.

Después de esto, creo que podrán ser reemplazados los exámenes de nuestros estudiantes, por la comprobación de sus antecedentes de familia.

Ruego al señor decano que ponga esta nota en conocimiento del rector, manifestándole, al mismo tiempo, que puede disponer del asiento que me reserva como consejero de esa facultad, para que lo ocupe otro universitario que haya olvidado su condición de argentino, demasiado presente en mi espíritu. Por mi parte, "ni ebrio ni dormido" consagraré con mi presencia la degradación de nuestra universidad.—Saluda a usted atentamente.—*C. Sánchez Viamonte.*

Del Dr. Julio V. González.

"Buenos Aires, 31 de julio de 1924.—Al señor decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Ramón S. Castillo.—Presente.

He recibido en el día de ayer la nota que, en nombre del rector de la universidad, me dirige usted invitándome, en mi carácter de consejero de esa Facultad, a concurrir "a la solemne recepción académica con que nuestra universidad rendirá su homenaje a S. A. R. Humberto de Saboya, príncipe del Piamonte."

Como ciudadano argentino, como universitario y como consejero, cumplo con el deber de comunicarle que me niego a concurrir al acto que se prepara y le hago llegar a usted mi protesta más enérgica por haberme hecho objeto de semejante invitación.

Estoy en absoluto desacuerdo con el homenaje que la universidad tributará a un adolescente extranjero, que llega al seno de nuestra democracia carente de toda representación efectiva del pueblo a que pertenece, y sin más títulos que los de su nobleza de sangre y descendencia real, calidades ambas que nunca llegaron a tener sentido en estas tierras, desde que en ellas se levantó el pueblo argentino, y que fueron solemnemente repudiadas por los fundadores de la República, cuando declararon en la Constitución que la Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento, ni hay en ellos fueros personales ni títulos de nobleza.

Invalidados así, por determinación de los principios porque se rige nuestra democracia, los únicos antecedentes que registra la persona motivo del homenaje, es de todo punto de vista inexplicable la acogida que le dispensará la universidad; e irritante para todo universitario que la institución para la cual han sido siempre y únicamente válidos los méritos intelectuales y los títulos adquiridos en cualquier país del mundo, mediante la consagración fructuosa al progreso de las ciencias, el derecho y la justicia, disponga del estrado académico para realizar en él una ceremonia, que lejos de responder al único sentido posible en una universidad, lleva en el fondo y en la forma el significado de una fiesta cortesana.

El día 7 de agosto de 1924 se registrará por primera vez en los anales de la universidad argentina, el hecho insólito de pleito homenaje rendido desde la cátedra—que fué tribuna de nuestros más preclaros repúblicos—a la realeza, a las prerrogativas de sangre y al régimen monárquico, en la persona de un menor de edad, futuro y problemático soberano de la nación de su nacimiento.

Como argentino he de condenar en toda forma el extravío en que incurren hoy las autoridades docentes de la universidad de Buenos Aires y que los lleva a traicionar en su más honda significación la obra realizada en un siglo de sacrificios, por los mismos hombres cuyos retratos presidirán la ceremonia a que se ha invitado.

Si el gobierno no podrá justificar la actitud que asume con pretendidas exigencias diplomáticas, mucho menos podrá justificarse por su parte la Universidad de Buenos Aires, cuyos representantes tienen el deber de mantenerla por encima de todo convencionalismo protocolar y aún el de oponerse a que autoridad alguna llegue a profanar el templo donde se rinde culto al supremo espíritu de nuestra democracia, y que por eso no puede ser nunca ni dependencia ni instrumento de los gobiernos.

De no creerme en el deber de conservar un documento que cobrará pronto valor inestimable, habría devuelto a usted la nota que me ha enviado, puesto que ella importa una injuria para todo ciudadano de esta República, injuria agravada con la exigencia de vestir *jacquet,* que en la ocasión significa tanto como llevar librea.

Saludo a usted atentamente.—*Julio V. González.*

Del Dr. F. V. Sanguinetti.

Buenos Aires, julio 31 de 1924.—Al señor decano de la Facultad de Derecho, doctor Ramón S. Castillo.—S. D.—A las 19 de esta fecha, he recibido la invitación que me trasmite en nombre del rector para asistir "a la solemne recepción académica con que nuestra Universidad rendirá homenaje a S. A. R. Humberto de Saboya, príncipe del Piamonte."

Deploro que el envío moroso del comunicado me presente en retardo con respecto a mis compañeros de representación, doctores Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González, cuya actitud pública, clara y definida, comparto sin reservas. Por mi parte, no entro a considerar si el gobierno de la nación tuvo o no motivos diplomáticos para recibir decorativamente al huésped, en el supuesto de que ejerce una función oficial, lo que importa decir es que la Universidad, órgano exclusivo de cultura ajeno a cualquier urdimbre protocolar, no puede ofrecer homenajes desusados a un joven que ni trae embajada de los intelectuales de su país, ni tiene por sí mismo categoría espiritual suficiente para considerarlo merecedor de esta solemnidad académica, subrayada con un ceremonial que deprime nuestros fueros de hombres libres. Justificaría el acto, si se tratara de Ferri o de Marconi, de Orlando o de otros valores que han sido entre nosotros justas expresiones del genio italiano, diverso y creador, pero nunca podré justificarlo en honra de quien debe a simples contingencias de nacimiento, un rango desconocido dentro de nuestro régimen constitucional que expresamente "no admite prerrogativas de sangre, ni títulos de nobleza".

Quede así constancia de mi protesta por el significado de esta recepción insólita, en la cual según es notorio, se conferirá alguna dignidad universitaria a Humberto de Saboya y,

en cuanto al requerimiento interpuesto por el señor decano, anticipo desde ahora mi negativa a ocupar "el asiento" que se me reserva como consejero de la Facultad de Derecho.—Saluda a usted atentamente.—*Florentino V. Sanguinetti.*

Por su parte, la F. U. de Buenos Aires resolvió hacer pública su protesta en un manifiesto cuyos considerandos sustanciales reproducimos:

Que la apertura oficial de los estrados académicos a quienes no han acreditado calidad intelectual ni méritos científicos, o antecedentes universitarios, ataca a los fines y a las funciones esenciales que dan la razón de su existencia a la Universidad;

Que la celebración en ellas de ceremonias palaciegas, con rituales, uniformes y reverencias ajustadas a las exigencias del protocolo para recepción de monarcas, es ofensiva al espíritu democrático de nuestra Universidad;

Que el título de doctor *honoris causa*, como la más alta dignidad que puede conferir la Universidad, es un honor y una consagración a que sólo tienen derecho de aspirar los que han dedicado su labor al progreso del país y de la humanidad;

Que cualquiera Universidad de América que otorgue un título honorífico atendiendo sólo a la nobleza de sangre o a la investidura monárquica, honra un régimen desterrado por absurdo del Continente, reconoce prerrogativas y privilegios de nacimiento e incurre por esto en infidencia grave respecto al mandato de la sociedad que la sostiene y comete delito de alta traición hacia el supremo principio republicano y democrático que da vida a los pueblos libres de América;

Que las autoridades de la Universidad de Buenos Aires al proceder en tal forma en la persona del heredero de una monarquía, produce un acto repugnante al principio solemnemente establecido por el artículo 16 de la Constitución Nacional, claudicando de los ideales en que se inspiraron los fundadores de la República y tendente a extraviar la conciencia patriótica de la juventud;

Que la Universidad no es una repartición administrativa, ni una dependencia del ministerio diplomático y que los gobiernos que hacen uso de ella así como la autoridad universitaria que lo consiente para dispensar honores protocolares, rebajan la elevada categoría cultural de la institución y avasallan su autonomía.

(De la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*, órgano del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, Rep. Argentina).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡	0.50
El tomo (24 entregas)		12.00
El tomo (para el exterior)	$	3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)		20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

El ciego de *nación*

(A manera de crónica)

El cronista viene hoy impresionado! Las gentes creen que los que vivimos de este triste oficio de hacer crónicas, nos hacemos insensibles, en fuerza de estar contando, día a día, en el periódico, que es como una pantalla de cine, las alegrías y los dolores de los demás. El público llega a creer que somos como un fonógrafo que reproduce la voz del disco que se le aplica; y somos, sin embargo, tan a menudo, el Garrik que ríe estrepitosamente en la representación teatral y va luego, meditabundo y dolido, en busca de un médico que le cure el hastío!

En todo caso, a vuelta de esas quejas y de esos escepticismos que tan mal cuadran en los que pintamos en el lienzo de la calle la vida de la ciudad, hay que repetir que el cronista viene hoy impresionado.

Estuvimos anoche a ver por segunda o tercera vez la *Marianela* que trazó con delicadeza de niño viejo el inmortal Pérez Galdós—no Galdós a secas como han dado en la flor de llamarlo ahora—y que trasladaron al teatro, con la amable ternura que es suya, los hermanos Alvarez Quintero. Nos encantan aquellas fantasías del ciego cuando, conversando con Marianela, quiere imaginarse lo que es una estrella y lo que es una flor. Las estrellas—dialogan—deben de ser los ojos de los que se murieron y se fueron al cielo. E interesa pensar que en esa definición están acordes: porque si él no tiene los ojos abiertos en la cara para ver las estrellas, para embriagarse con su luz, a ella le faltan los ojos del conocimiento para explicarse qué son aquellos puntos luminosos que tiemblan en el manto de la noche como los pétalos de las flores de un jardín.

No vamos ahora a referirnos a la interpretación de la obra, sino a algo que nos tocó de cerca el corazón. Hemos conocido por esas calles a un muchacho robusto que va siempre del brazo de su hermana y que camina en tinieblas, llevando bajo el brazo un violín que llora como debe de llorar el espíritu ennochecido de su dueño. «Es ciego de *nación*», nos sopló al oído una viejecita en cuya mano deslizamos una moneda como en acción de gracias por la luz de nuestros ojos, mientras mirábamos los ojos sin luz del pobre ciego. Pues bien, anoche, al buscar nuestro asiento en el teatro, nos encontramos al lado del ciego de *nación*. Fué discurriendo el drama serenamente; pero cuando entra en acción el ciego y comienza a dolerse de su noche eterna, ya no apartamos los ojos de nuestro compañero.

Su padre, con una incomprensión que no pudimos perdonarle, llevó a su hijo esa noche al teatro para que oyera hablar a un ciego de las angustias de su mal, pensando quizá, torpemente, con el refrán, que las penas repartidas se alivian. Cuando Pablo hablaba con Marianela de lo que era una estrella, ¿qué pensaría nuestro compañero? En su imaginación—en el ciego casi todo debe ser imaginación—¿qué sería una estrella? A él también su hermanita seguramente le ha hablado de ellas en las noches de verano, pero quién sabe cómo piensa él que son. Quizá para él una estrella sea la nota tenue y vibradora,

la nota dominante de una queja suya arrancada al violín en una hora de desesperación cuando le pregunta a su Dios por qué robó de sus ojos la luz; y al percibir esa nota, que llora o que suspira, debe pensar: he ahí una estrella... en la noche sin aurora de mi pena!

Cuando Pablo, emocionado, le pregunta a Marianela, con esa flojedad en la voz que da la impotencia, cómo son las flores y se abate en su dolor, nuestro compañero, el ciego de *nación* que nos dijo la viejecita, contrae sus labios con una sonrisa amarga. Ríe! decimos sorprendidos. Entonces, discretamente, le manifestamos nuestra extrañeza. «Es»—nos dice—«que esas cosas de que habla Pablo no pueden inventarse. Sólo puede conocerlas bien quien las siente». Y entonces pensamos: muy bien están Pérez Galdós y los Alvarez Quintero y Pablo el actor; pero ninguno de ellos conoce el tremendo dolor de la perpetua sombra para poder pintarlo exactamente. Además, nuestro compañero debe sonreir amargamente al comprender la enorme diferencia que hay entre él y Pablo; éste está representando su papel y tendrá los ojos cerrados para impresionar al público; pero apenas concluya la pieza y caiga el telón, los abrirá de nuevo, desmesuradamente, y tornará a ver las estrellas y todas las fugaces perspectivas de esta loca farándula que es la vida; mientras él volverá pausadamente a su casa, del brazo de su hermana, a buscar a tientas su lecho para continuar su vida de caverna.

Después, cuando el médico abre a la vida los ojos de Pablo y éste prorrumpe en exclamaciones de gratitud y el público aplaude estrepitosamente, él es quizá el único que no mueve sus manos y que más bien desaprueba. Nadie sabe mejor que él, entre los allí presentes, que tal cosa es imposible. ¡Qué no han hecho sus padres por curarlo! ¿qué no harían por encontrar a ese médico que en la bella mentira de Pérez Galdós, como en los relatos bíblicos, da la vista a los ciegos? ¿Qué no daría él por tal resurrección si ella fuera posible? Ah! pero todo eso no es más que una leyenda, una amable ficción: eso acontece en el teatro pero no ocurre, para su mal, en la vida.

Ha concluido el drama y el ciego de *nación* va saliendo del brazo de su hermana, seguido de su padre; y juzgamos que mañana, cuando se quede a solas con su alma, tomará su violín y hará llorar sus notas más dolorosamente que nunca, en una trágica explosión de angustia, pensando mal de los hombres que juegan a ciegos frente a las sonrisas de un público.

J. Albertazzi Avendaño.

Lector amigo:

Con esta entrega del *Repertorio* recibirá Ud. un pliego del Convivio: *Rubayát,* por Omar Kheyyám, en la traducción directa del árabe, e inédita, de nuestro colaborador don Ventura García Calderón. Lea lo que el traductor dice del Kheyyám.

Recoja, pues, ese pliego y los sucesivos: que al cabo del 24, tendrá Ud. un tomo abultado de literatura selecta y preciosa.

Párrafos de oro

El duque Luis de Orleans—que murió trágicamente en una calle de París—era un temible don Juan, terror de sus enemigos y aun más de sus amigos. Como el audaz amante de doña Inés, veíasele en el silencio de la noche asaltando jardines, escalando balcones, la espada al cinto, fuerte el brazo, fría la cabeza, sereno el corazón.

Hizo en la corte inapreciables conquistas. Y la mejor y más brillante fué la de una lindísima joven, casada con un bravo caballero en extremo celoso, que tenía a su mujer por un dechado de virtudes.

La dama era espléndida, de una blancura y morbidez incomparables.

Y una mañana, mientras ella se encontraba en el dormitorio de su nuevo dueño, llamó a la puerta el marido.

El de Orleans, sin inmutarse, desnudó a la bella sobre la cama, ocultándole únicamente la cabeza con una capota de terciopelo.

—Entrad, querido—dijo el seductor—y admirad conmigo el milagro inaudito de este cuerpo de diosa. Solamente os prohibo descubrir su rostro.

El otro quedóse deslumbrado. Y su admiración estalló en frases de ardiente asombro.

La maravillosa beldad permaneció inmóvil durante cinco minutos bajo la devoradora mirada de su marido, cuya voz ponía un ligero temblor en su seno.

El bueno del hombre le dijo a la joven, a la noche siguiente, mientras reposaba a su lado:

—Ví ayer, libre de todo ropaje, a la mujer más hermosa del mundo. Me la enseñó mi amigo el duque, prohibiéndome únicamente que mirara su rostro, cubierto por un manto negro.

¿Os imagináis la emoción de la linda adúltera al oir tales palabras?

—¿De qué sirvió a Cicerón su insuperable elocuencia al apostrofar a Publio Claudio?

—Absolutamente de nada.

Aunque el asunto de que trato revestía singular importancia.

Publio, mancebo gallardo y valiente, se enamoró de Pompeya, esposa de Julio César, el vencedor de Farsalia.

Vestido de mujer, el referido Claudio penetró una noche en el palacio pretoriano, entre una turba de cantoras.

Pompeya, que era una damisela impúdica, le esperaba...

Al clarear el alba fué reconocido y echado a la calle a puntapiés, aunque él se defendió como pudo de los furores de la servidumbre.

Se le acusó y fué absuelto... a pesar del ataque verbal de Cicerón.

César, en tanto, sonreía...

Froylán Turcios



Noticia de libros

=JUVENTUD, EGOLATRÍA, por Pío Baroja.—Segunda Edición de Rafael Caro Raggio, 1920.=

Es este un libro sincero. Exhibe a su autor más francamente que las memorias escritas por nobles entendimientos que supieron comprender y amar a sus semejantes.

La psicología que el autor analiza en estas páginas es sub-humana. No parece conocer lo humano, sino lo que hay de bestia en el hombre. Del Centauro sólo conoce los pateantes cascos equinos. Diríase que una carga de caballería, como una tempestad, ha dejado su alma desolada, desnuda de toda simpatía para sus contemporáneos.

Es un impulsivo sin fantasía.

Ha escrito esta obra durante la Guerra Mundial. Él mira este acontecimiento con desdén. «Sólo lo que pasa a ser intelectual tiene valor para la conciencia»—dice—como si no hubiesen sido las ideas, hechas pasión, la dinámica de la guerra.



Pío Baroja

Apunte de J. Moreno Villa

«Dediquémonos—dice—sin remordimiento a pensar en los motivos eternos de la vida y del arte y escribamos sobre ellos». ¡Los motivos eternos de la vida! ¿Pero la guerra no estaba acaso comprometiendo la vida misma? ¡Los motivos eternos de la vida y del arte! ¿Pues no es la Humanidad misma el grande, el único, el eterno motivo del arte? «Voy vaciando el espíritu en los eternos moldes sin esperar nada de ello». ¡Retórica vacía! ¿Cuáles son esos eternos moldes? ¿La novela? ¿Lo que hace unos cuantos siglos no existía, podrá ser eterno? La expresión que en un poeta generoso podría tener un valor de esperanza en este hombre es mera «petulancia impropia», como él mismo dice.

Quiere singularizarse y pertenece a la plebe de todos estos egotistas para quienes la humanidad no existe. Es una personalidad, pero repulsiva, por su falta de simpatía. Su individualidad es gregaria. Personalidad tiene. Su individualidad es todavía de grupo. En efecto, la runfla de egotistas no tiene límite en las letras de estos últimos años. Les falta genio y decoro. Genio para crear con las nadas de su vida una obra bella y grande. Decoro para no exhibir lo que bien saben ser insignificante y asaz transitorio apesar de los «eternos moldes».

Cuando en el Album del Museo de San Sebastián bajo su firma Baroja agrega «hombre humilde y errante» éstas palabras son una expresión de vanidad pura y simple. Esto lo reconoce, lo que no confiesa es que se las inspiró un sentimiento de aversión, impropia de un hombre superior. Es un apestado de Nieztche.

Enemigo de los dogmas, de cualquier clase que sean, tiene un espíritu esencialmente dogmático. Contra todos los dogmas, su dogma, *Ignoramus, ignorabimus* es su dogma. Era el dogma de hace cincuenta años! ¿Hay ahora, acaso, más noble fe en el poder de conocer y penetrar en las profundidades de la naturaleza que esa fe de los químicos y físicos ingleses, franceses que analizan el átomo? ¡La unidad del alma! Los psicólogos de hace cuarenta años hablaron de la multiplicidad del yo, porque definieron el yo como el conjunto de estados de conciencia en un momento determinado de la vida de un hombre. Pero este absurdo, ¿qué psicólogo le defiende hoy? Se declara materialista y cita a Lange cuarenta años atrás, y Ostwald tan rezagado y dogmático como Le Dantec. Y luego la torpeza de añadir que el materialismo es «un procedimiento científico que no acepta fantasía ni caprichos». ¿Pero qué otra cosa es la historia de la ciencia durante estos últimos setenta años, si no es una serie de hipótesis que se suceden unas a otras con las mismas fantásticas aclamaciones arquimédicas? «Si hubiese un disolvente para la mentira» cuántas falsas reputaciones se convertirían en impalpable velo de Maya!

Baroja se considera archi-europeo. Nada más provincial que este vasco incapaz de comprender a España ni a Francia. Se llama «puerco de la piara de Epicuro». No. Es un cordero de la grey de Nieztche. A este pensador debe cuanto es, no tanto porque le cite y lo ensalce, sino porque adoptó su procedimiento. Nieztche recita el evangelio al revés. Y esta es la pretendida originalidad de Baroja. Toda ella es negativa. Admire el mundo, por uno u otro motivo, a Juan Jacobo Rousseau, Baroja dirá que «es un ser bajo y vil». Diga el mundo que la verdad será siempre la única defensa de la religión, Baroja dirá que «la gran defensa de la religión está en la mentira». Diga el mundo que la verdad es la única cosa vital y durable, Baroja dirá «La mentira es lo más vital que tiene el hombre». Diga el mundo que Alemania y Bélgica, Francia Central e Inglaterra, son tierras de la culta Europa, Baroja dirá que «los Pirineos y los Alpes son lo único europeo que hay en Europa». Apláudase por la verdad de los sentimientos el *Otelo* de Shakespeare, Baroja dirá que es un drama «falso y absurdo». Si en el fondo del alma humana hay un embrionario impulso hacia lo bueno, Baroja dirá «que el sentimiento de maldad desinteresada se observa en las relaciones de los padres con los hijos, de los maridos con sus mujeres».

Su comprensión de la música es tan insensata como su concepción del materialismo y de las funciones del arte. Para este señor Baroja la música es simplemente un calmante. Como si yo dijese que este libro es un sinapismo, sin relación alguna con el arte literario.

Hablando de Wagner dice que él «comparte la hostilidad» de Nieztche por la teatrocracia de Wagner. Comparte es palabra absurda. El es un hijastro de Nieztche. Hereda, sería la palabra propia. Cuando disiente yerra. Nieztche quería que la «música se mediterranizase» pretendiendo con ello que la música alcanzase la claridad de la expresión helénica o latina; en cierto modo que se paganizase apolinizándose, porque Nieztche sí comprendía el pensamiento místico de Wagner, contenido más trascendentalmente en su música que en sus poemas. Baroja, sin darse cuenta del intento de Nieztche, dice que «la música debe tener el paralelo geográfico de donde nace»; pero luego hace el elogio de la música universal o internacional. Esto es, vuelve a Nieztche, después de haber errado.

No, no es de pedir a nadie la consecuencia consigo mismo. Una obra puede expresar un conjunto de ideas y la siguiente no será menos sincera porque expresa las más opuestas opiniones. La naturaleza proteica del artista legitima tal versatilidad. Pero cuando uno de esos colosales talentos nos confieren la gracia de mostrársenos desnudos, nos gustaría verles pensar seriamente. Pero este señor Baroja es un improvisador sin consistencia filosófica, científica o artística. Es un impresionista de los que han invadido las letras contemporáneas. Con el pretexto de sinceridad y de verismo improvisan su obra y les resulta vacía y enclenque como obra de arte.

El señor Baroja, como hijastro de Nieztche, quiere huir del lugar común. Eso es lo que a muchos parece originalidad; pero es bien fácil descubrir el lugar común detrás de su epigramático estilo. No tiene el talento de Gracián ni el donaire de Quevedo para decir cosas hondas o simplemente ingeniosas. Por eso con la mayor frecuencia se le ve volviendo los guantes del revés, a la manera nieztcheana.

Vease un caso: España tiene entre sus glorias de hoy un Ramón y Cajal. No ha sido un improvisador. Ha trabajado con esa rara constancia que es una bella forma de la inteligencia humana. Pues bien, este hombre que ha revoluciouado una rama de la histología es para Baroja, «como pensador, de una mediocridad absoluta». Esta es la manera de pasar por original.

Hablando de sus libros (los de Baroja), los clasifica en dos grupos: «los que ha escrito con más trabajo que gusto, y los que ha escrito con más gusto que trabajo». Cree que los españoles de hoy no tienen sensibilidad bastante para distinguir esto e imitando a Stendhal cree que se le comprenderá «dentro de treinta o cuarenta años». No, cuanto de él quedará será una breve colección de páginas escogidas, aquellas en que ha puesto un poco más de amor a la naturaleza o a los hombres, y nada más. Del hombre de letras tan sólo sobrevive lo humano universal. Lo demás lo arrastra un prematuro otoño. Y así será para que se cumpla su gusto, pues él dice haber tenido siempre «un entusiasmo por lo que huye».

Sus juicios críticos son tan superficiales como las más de sus páginas. Juzga a Goethe y no ha conocido las diversas influencias sobre el genio de este hombre ejercitadas. Y otro tanto le ocurre con Víctor Hugo, con Tolstoy y con el mismo Cervantes. Los autores antiguos no los comprende, declara él mismo, este hombre que pretende ser un europeo por sus ocho costados. En esto no es siquiera un mediano modernista. Lo distintivo de los grandes modernistas es que están nutridos de antiguas literaturas, de clásicos de todas las épocas y razas. En esto es también el provinciano que hace ostentación de su falta de preparación literaria, como para dejar mejor sentada su nombradía de hombre original. Las admiraciones sinceras de un hombre revelan sus cualidades ya desenvueltas o todavía semiembrionarias. El señor Baroja dice gustar de los rusos, si bien no dice qué le gusta de Dostoyewski, o de Tolstoy o Turgueneff o Andreieff o Gorki.

Esto me lleva a afirmar lo que todo este libro prueba: la superficialidad, la precipitación del autor. Quiso escribir quince páginas y *le han salido* trescientas cincuenta. Es una obra del más vacío periodismo.

Es imposible que un hombre que ha debido ver, sentir y pensar, ya en sus viajes, en sus relaciones o en sus largos silencios no haya podido descubrir una vena de verdadera juventud, un bello o noble objeto de amor. Su dispesia es intelectual y moral. Si dejara de aborrecer, si ahogase su rencor mejoraría su estómago y quizás alguna rara página de valor generosamente humano le brotara del alma. Dice que la sociedad vertió veneno en él y que por eso él le devuelve en sus libros parte de ese veneno. ¿Qué artista puede crearse con tal sedimento de odio? Zola ha podido hablar de sus odios. Ellos eran puramente literarios; esto es, eran de amor por otros ideales que los que él combatía. En Baroja es simple rencor. ¿Por qué? En este libro no lo dice. Pero este es un libro de Egolatría, sin ego. Baroja es un escritor que no ha tenido un libro favorito, un autor amado, cuya obra haya sido un frecuente estímulo. Él dice que como los viajeros por las fondas, así ha pasado por los libros, sin detenerse ni en uno ni en otro. Yo hallo que en la fonda de Nieztche tanto yantó que se le enfermó la digestión del ánimo.

Cuando me he referido a su sedimento de odio he debido agregar que sus odios no son profundos. No; es apenas escarcha. Es más bien mala educación social. Sus arrebatos son meteoros. Su carácter es hirsuto, cerril, cantábrico; pero no sabe odiar intensamente. Mucho de ese aspecto rencoroso de su expresión atrabiliaria es bebido en las obras anarquistas. Porque Baroja es uno de esos anarquistas que andan en busca de un gobierno ideal. Así, pues, ni ama ni odia con hondura. Él lo ha dicho: no es nada. Y «no será nunca nada», parece haber dicho de él Ortega y Gasset.

Sus envidiosos le acusan de haber sido panadero. Es insensato. Esos seis años de trabajo le hicieron hombre y le dieron la posibilidad de comprender ciertas formas de la vida que es lo que le dan su fuerza a las muy pocas páginas que de él vivirán. Sólo que su comprensión es intelectual, elementaria. Lo que es humano no le interesa por el hecho de ser humano. Tiene salidas de lobo. En el escudo de sus antepasados hubo lobos. Y él se regocija citando a Hobbes. Para el hombre es lobo el hombre. Esto explica aquello.

Cuán diferente la suya de la naturaleza de Azorín, por ejemplo. A éste la humanidad le inspira simpatía. La estupidez, la ignorancia, la ambición, el servilismo, el autoritarismo, todo esto lo ve Azorín con tranquilidad compasiva, con la piedad del hombre que

tiene alma sensitiva y generosa. Las debilidades de Azorín no son de entendimiento, nacen de la excelencia del corazón. La maldad humana no le hace pesimista, ni suscita su rencor. Mira simpática, piadosamente, y pasa. Las cóleras rencorosas de Baroja, los desprecios en masa, revelan su incomprensión, el provinciano horizonte de su mente. Es un pirenaico que no ha logrado ver más que vislumbres de España y reverberaciones de Francia. Es un mujic del Pirineo *en rapport* con el de Rusia. Larra le llamaría batueco.

A Joseph Conrad, como a Baroja, le pidieron una autobiografía. El eminente anglo-polaco escribió sus *Anotaciones autobiográficas (Personal Records)*. Qué diferencia entre los dos libros escritos con ligera diferencia de tiempo entre uno y otro! Mientras Baroja desprecia, censura, se irrita, se mofa sin realizar una obra buena ni bella, Conrad produce un libro sano, con bellas páginas de amor y de gratitud. Cuanto ha pasado en la vecindad de sí, es bueno, aunque le haya hecho sufrir. Es profundamente humano y rehuyendo hablar de sí, muestra el desenvolvimiento de su alma, sin egotismo ni fingida humildad. Conrad ha visto vastos horizontes, se ha codeado con las razas más diversas; no las ha despreciado, las ha comprendido, enriqueciendo con ello la fertilidad de su entendimiento.

Baroja es la desolación. En los hombres que le han rodeado no ha podido encontrar sino bajeza y villanía, o debilidad en el mejor de los casos.

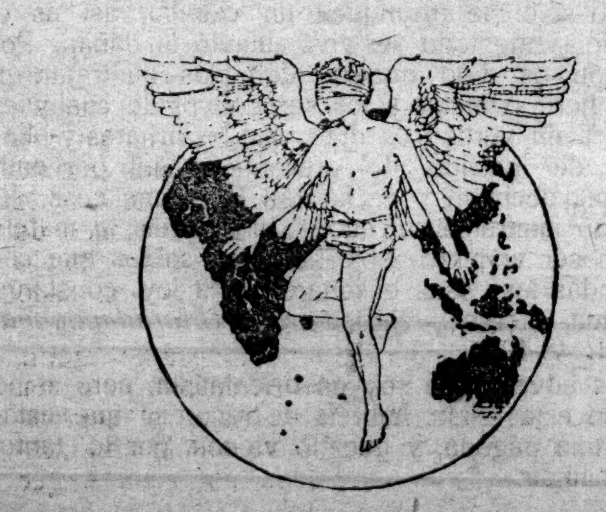
Las generaciones que le sucederán no podrán amarle y luego tampoco le recordarán. Porque la humanidad es buena: perdona primero, luego olvida a quienes la denigran, sin haber contribuido a enaltecerla infundiéndole esperanza, revelándole sus grandes reservas de energía para elevarse al bien, aun con la sola contemplación del arte.

Por la naturaleza espuria, depresiva de su obra, Pío Baroja no contará en el porvenir entre los grandes y nobles escritores de España. En las antologías habrá, quizás, una escasa docena de páginas.

Le faltó visión, le faltó preparación, careció de amor para que la suya fuese una obra de arte perdurable.

ROBERTO BRENES MESÉN

Syracuse University
diciembre de 1924.



Impresiones de arte

(En el MUSEO METROPOLITANO de Nueva York, 1924)

(Concluye. Véanse los Núms. 12, 13 y 17 del tomo en curso).

10.—Porcelanas, cristalería, cerámica

Ahora vamos al segundo piso, en donde están las galerías de cerámica, tapices, pintura, y algunas otras de diversos objetos.

La gran escalinata ostenta a su pie *La edad de bronce,* de Rodin, y en extremo opuesto un busto de Atenea. Notad, pues, que no puede pedirse más.

En una especie de pasadizos para las salas, hay una colección de estatuillas, algunas de las cuales son muy interesantes: un grupo de Theseo y el minotauro, el dios Pan, Diana, son los motivos helénicos; algunos bustos: Shakespeare, Emerson, Ruskin, Mr. Morgan, que en gracia a sus millones y su protección al Museo puede figurar aquí. Otras dos miniaturas preciosas: *El vuelo de la noche,* por Paul Manship, y una *Paulowa,* por Alfredo Lenz, de una espiritualidad encantadora.

Y las otras dos obras bellas que anoto, son: un mármol, *La victoria de la mañana,* de Daniel Chester French, y un pequeño caballo de bronce, griego, en perfecto estado de conservación.

Luego pasamos a admirar las porcelanas chinas y japonesas, y los trabajos en marfil. Ya conocéis la paciencia benedictina, dicho sea sin ofender a los reverendos padres, de estos artífices minuciosos: las estatuillas y curiosidades, tratando de la vida civil y religiosa, algunas de un tamaño minúsculo, llaman la atención tanto por su mérito como por el esfuerzo que su elaboración representa.

En sitio principal, hay un Buda de porcelana, y más allá, el pequeño altar de una pagoda. Los ritos de esta religión tan mal comprendida por los occidentales, se vislumbran en estas evocaciones a que contribuye el ambiente, silencioso como un templo.

Hay vasos, jarras, mil caprichosas formas en que el motivo es un animal fabuloso o la típica flor del crisantemo.

La mayor parte de estos objetos es de los siglos dieciocho y diecinueve.

Entre los procedentes de la vieja China, merecen especial mención varios vasos, de las tumbas de Han, a algunos de los cuales se asigna una antigüedad grande.

También hay cerámica de Siam, de Corea, de Nueva Zelandia, hispano-árabe, y mexicana, así como trabajos en laca, japoneses.

Al ver estos tesoros, pensamos en el grado de cultura que representan: no son los bárbaros quienes modelan estas obras exquisitas, sencillamente bellas y bellamente complicadas, en que los dragones del extremo Oriente se retuercen en misteriosos juegos; en que, en los grandes platos moriscos, se esmaltan historias de guerra; o, en los aztecas, se nota la expresión vaga del aborigen que no ha definido todavía su creencia, luchando entre el paganismo de los nativos dioses y la nueva religión que le impone el blanco con el argumento del arcabuz.

Digo esto porque noto en la generalidad de las

personas la idea de que las cosas del pasado, y de los pueblos exóticos, sólo deben verse como una curiosidad arqueológica, sin admitirlas como documentos preciosos para el estudio de su civilización.

Como complemento de estas colecciones, hay en algunas salas menores, valiosos dibujos y bronces, trajes y divinidades chinos y japoneses.

—

Ved ahora estos objetos, procedentes de la India sagrada, y con el doble prestigio de su belleza y de su antigüedad.

Budas en metal, algunos de una perfección artística realmente asombrosa, un traje de tela toda bordada de oro...

Esto no es nada ante esta maravilla: esta cámara, en tamaño natural, que se ha instalado aquí, merced a un grande y plausible esfuerzo, las paredes llenas de talladuras, perfectamente conservadas, que denotan una habilidad y paciencia igual, si no superior, a la de los artistas de la Edad Media.

Es una especie de capillita, procedente del templo jaino de Vadi Parsvanatha, en el Estado de Baroda, y construido en 1594. Las paredes de esta pagoda en miniatura están cubiertas de escenas del culto, en relieve, hechas con gran maestría. Están delicadamente trabajadas, y luego hay otras series de adornos simbólicos hasta la cúspide de la cúpula.

Las propias lámparas que se encendieron bajo su bóveda, están aquí, y derraman su luz suave, sólo que ahora ésta es procurada por la electricidad, pero sin quitarles su encanto. Hay en este espacio reducido una atmósfera de recogimiento que nos transporta al viejo país del Ganges, y no os asustéis, si de pronto, este galoneado empleado que se aburre en su puesto de guardián, se transforma por arte de magia en un *yati* (azteca) de grave continente y de mirada honda, que nos habrá de decir algo sobre su religión.

El jainismo tiene como principal punto de fe el de que: "el hombre no debe dañar a ningún ser viviviente si quiere alcanzar el Nirvana." Predicen la necesidad de abstenerse completamente de maltratar, herir o matar cualquier ser en que la vida se manifieste, pues que el alma universal está en ellos presente, aunque de una manera rudimentaria.

Esto lleva a los fanáticos a extremos inaceptables, pues he de estar de acuerdo con vosotros en que hay demasiados *bichos* molestos a quienes nos será difícil perdonar la existencia; pero habréis de aceptar conmigo en que los fanáticos, de cualquier clase que sean, echan a perder las cosas con sus exageraciones.

Bien mirado, los jainos proclaman la necesidad de que el hombre coopere en la obra general de la evolución, ayudando a los animales, sobre quienes tiene tanto poder, en vez de destruirlos y maltratarlos.

Y aunque no confundo los hechos, y sé muy bien que no siguen la ley de Buda, pues otra es la suya, están de acuerdo con El en este aspecto; y creo que no os desagradará que yo os transcriba este bello párrafo de una obra bella, en que magistralmente se trata del asunto:

«Estaba el Rey en el atrio de los holocaustos. A su lado, los brahmanes, vestidos de blanco, murmuraban *mantras* avivando el fuego que chisporroteaba en el altar. Las claras lenguas de las llamas brotaban de las perfumadas maderas, silbando y retorciéndose al lamer las ofrendas de grasa, aromas y zumo de *soma*, la alegría de Indra. Alrededor de la pira fluía lentamente un arroyo de color de escarlata, absorbido por la arena, pero sin cesar renovado: era la sangre de las baladoras víctimas.

»Una de ellas, una cabra pintada, de largos cuernos, estaba tendida, con la cabeza hacia atrás, atada con hierba *munja*. Un sacerdote apoyó su cuchilla en el alargado cuello de la víctima murmurando:

»—He aquí, oh terribles dioses!, el primero de los numerosos *yajnasas* ofrecidos por Bimbisara. Regocijaos con el correr de la sangre y gozad con el humo de la carne asada en las ardientes llamas. Colocad sobre esta cabra las culpas del Rey y que el fuego las consuma al abrasarla. Voy a dar el golpe mortal...

»Pero Buda exclamó: —Oh gran Rey, no le permitáis herir!

»Y esto diciendo, desligó a la víctima sin que nadie osara detenerlo: tan imponente era su aspecto!

»Después de obtenida la venia, habló de la vida, que cualquiera puede quitar y nadie puede dar; la vida, maravilloso don, querido y grato para todos, aun para los más humildes, precioso para toda piadosa criatura, porque por la piedad es el hombre tierno con los débiles y noble con los fuertes.

»Prestó Nuestro Señor a las mudas bocas del rebaño conmovedoras palabras para defender su causa. Demostró que el hombre implora la misericordia de los dioses y no tiene misericordia de los animales para quienes es lo mismo que un dios. Dijo que todo cuanto vive está unido por lazos de parentesco, y que las bestias que matamos nos rindieron el dulce tributo de su leche, el blando de su lana, y pusieron su confianza en las manos que las desguellan. Dijo también que nadie puede purificar su espíritu con sangre, pues si los dioses son buenos, no puede serles agradable, y si son malos, no basta para sobornarlos..."—(*Luz de Asia*, por E. Arnold.)

No podéis negar, pues, la bondad de estas enseñanzas, y menos si sois, cosa no rara, miembros o amigos de la Sociedad Protectora de Animales, que en nuestro país, por desgracia, no es todavía una realidad patente. Y escuchad, para terminar, y pues estamos en un templo jaino, esta otra sentencia, tan noble y generosa, que habréis de aceptarla también:

"El Señor venerable ha dicho: Tal como es mi dolor cuando me hieren y golpean con puño, palo o piedra, cuando me torturan y queman y me matan, o cuando sólo me arranquen un cabello, así es el dolor que siente todo sér vivo cuando le dañan. Por esta razón os digo que no debemos maltratar, ni golpear, herir o matar a los seres vivos de cualquier especie. Y en verdad os digo, que los arhates y bhagavadas del pasado, del presente y del porvenir, declararon, declaran y declararán la misma cosa, diciendo: no maltratéis, ni cacéis, ni torturéis, ni matéis a ningún sér viviente. Los hombres sabios que conocen todas las cosas enseñaron esta ley constante y perpetua, eterna y verdadera."—(*Uttaradhyayana*, libro II, 1, 48-49.)

Ya os advertí que soy un orientalista; pero si no os placen estas citas, habréis de recordar que estamos en una pagoda, y que no vienen, por lo tanto, fuera de lugar.

—

Ya vamos a salir de Oriente: sólo dos salas faltan. En la primera, algunos objetos diversos y valiosos; pero su verdadero tesoro son varios ejemplares de libros persas, empastados e ilustrados con arte y riqueza. Ved: el Korán, de 1427; son dos tomos, hechos para un rey. Los poemas de Nizam, ilustrados, libro hecho para el Sultán Muhammad Nur: el poeta vivió de 1140 a 1203; y el *Shah-Mamah*, o Libro de los Reyes, poema épico-histórico de Fiardusi, que vivió de 935 a 1025 de la era cristiana. Y este otro, indio, son los poemas *(Khamsah)* de Amid Khusran, de Delhi, que vivió de 1253 a 1325, aun cuando el libro, por supuesto, no data de tal época sino de unos dos o tres siglos después.

Ya veis que no todo eran matanzas en aquellos paganos reinos: hubo tiempo también para soñar, y no faltó quien imitase, sin saberlo, al paciente monje en su labor, de copiar y de iluminar bellamente infolios, de sepa Dios qué material, con narraciones humanas y divinas.

La última sala de esta sección, ostenta tapices persas, de varias épocas. Ya sabéis que todos los cuentos orientales ocurren en Persia: «había una vez un Rey...» y este rey lo era de Persia, con toda seguridad. Y no podéis imaginaros a este príncipe sino recostado en blandos cojines, y con su palacio lleno de estos tapices que ahora veis aquí. Oh, la dulce Scherezada quizá apoyó mil y una veces su cuerpo bello y su cabeza pensativa sobre telas como éstas, que tal vez ante sus ojos abrieron con sus dibujos complicados el tesoro ideal de donde sacaba, como nueva joya, la narración que habría de darle un día más de vida...

Porque os seducen estos arabescos fantásticos, hilos caprichosos que una araña de oro fué tejiendo como guiada por una extraña fantasía...

Tapices regios en verdad, dignos de los Shahs eróticos y crueles... Toda el alma sensual del Asia misteriosa vive en ellos, y parece animar la trama de sus fibras...

11.—**Pintura**

Si son valiosas las colecciones de escultura, de armas, de toda clase de objetos, las galerías de pintura escapan a toda comparación.

Antes de llegar a ellas, he visitado un pequeño salón dedicado a la numismática, en donde hay numerosos ejemplares de monedas, especialmente romanas, y de diversos metales.

Anexo a él, un pequeño *hall,* en donde se admira un fresco, pintado por el *Pinturicchio* para el cielo raso del Palacio Petruzzi, en Siena, obra traída e instalada con mucho cuidado y costo.

Omito la descripción de las secciones de vestidos y ornamentos eclesiásticos, por estar cerrados al público en los días en que visité el Museo. Su contenido, puede suponerse, es tan notable como todo lo que hay aquí, y lamento la circunstancia expresada que me impide tratar acerca de este punto.

Pasemos, pues, a la pintura. ¿Qué decir, o mejor dicho, por dónde comenzar?

¿Qué voy a decir yo, pobre aficionado, sobre este arte divino, que tantos y tan eruditos y gallardos escritores han comentado?

Cada escuela, cada época, tiene aquí su representación auténtica y genial. Pensad en la alegría y la veneración con que yo, devoto de estas cosas, he contemplado los lienzos inmortales de los maestros consagrados... Pensad en mi admiración silenciosa ante los tonos vigorosos de Rubens, ante la suavidad de Fra Angélico, ante los tonos oscuros de Rembrandt... Me he sentido místico ante estos santos pálidos y estos Cristos cárdenos; galante ante las princesas que son ilustres, mas que por su linaje esclarecido, por el pincel de Velázquez que las retrató, devoto ante las Vírgenes de Murillo.

Y luego, más moderno, mi bonapartismo de estudiante, pues que todos los estudiantes son o han sido bonapartistas, se renueva heroico ante *Friedland* de Meissonier, en donde el Emperador saluda, desde su caballo blanco, a los dragones que desfilan ante él como centauros... Y notad que digo *el Emperador,* con el mismo orgullo que un viejo inválido de aquellos que iban a tomar el sol frente a las Tullerías, rumiando sus recuerdos con nostalgias de gloria...

Para seguir algún orden, mencionaré los más sobresalientes cuadros, conforme están colocados por galerías.

En la llamada Marquand, en honor del caballero del mismo nombre, benefactor del Museo, están, entre otros: *Marte y Venus unidos por el amor,* del Veronés, pintado para Rodolfo II, y propiedad después de Gustavo Adolfo; el retrato del Duque de Richmond, por Van Dick; retrato de hombre, por Rembrandt; Cristóbal Colón, por Sebastián del Piombo; retrato de la reina Mariana de Austria, por Velázquez; Venus y Adonis, por Rubens. Esta colección perteneció a Mr. Marquand, quien la obsequió al Museo.

Galería Altman: la componen obras casi todas de Rembrandt, retratos en su mayor parte, en que predomina el estilo del maestro, vigoroso en los tonos oscuros, que manejó con sin igual maestría.

A continuación vemos: La última comunión de San Jerónimo, por Boticelli; La Virgen y el Niño, por Verrocchio; un retrato, por Van Dick; Felipe IV, Federico Gonzaga, Cristo y el peregrino de Emaus, los tres por Velázquez. Más allá, en otras galerías, *La Sagrada Familia,* de Andrea del Sarto; un estudio del Tintoretto, para una pintura mural, y que perteneció a John Ruskin; María Luisa de Parma, por Goya; *La Natividad,* del Greco; varios retratos más, por el Tintoretto y Goya.

Luego, retratos, de Van Dick; La Sagrada Familia, de Rubens; su *Caza del Lobo y del Zorro;* retratos por Reynolds.

De la escuela francesa, ved *El baño de Venus,* pintado por Boucher para Madame de Pompadour, los cuadros de Chavannes; Friedland, de Meissonier, la Salomé de Regnault, y *Otoño,* del bien conocido Millet. Varios paisajes de Corot, y, por fin, *Juana de Arco,* de Lepage.

La *Feria de Caballos,* de Rosa Bonheur, y *Washington cruzando el Delaware,* de Leutze, son dos enormes cuadros, en que la técnica salvó las dificultades que un lienzo de gran tamaño presenta.

Ved, varios retratos por Gilbert Stuart: especialmente, su *Washington*, que corre hasta en los sellos de correos, y al que nunca falta un aficionado o profesional al pie sacando copia.

Un estudio original de la Reina Victoria de Ingla-

terra, por Thomas Sully; un paisaje, por Thomas Gainsborough, y el conocido y hermoso *Rey Lear,* de Edwin Abbey; varios cuadros del español Madrazo, una *Batalla con los moros,* por Zurbarán, y esta preciosa *Sibila*, de Rembrandt... Son centenares las obras de arte, sin que os alcance el tiempo para admirarlas ni la vista se fatigue de embriagarse con ellas...

Yo no os puedo ofrecer, ni vendría al caso, una lista completa, pues no es ese mi objeto; pero pensad en las seducciones que esos nombres tienen, en la belleza que esos lienzos atesoran, y creed conmigo que nunca como en este caso se ha empleado tan bien el oro de los millonarios, que, sin darse cuenta, enriquecen así también a los que, en su peregrinación de ensueño, beben en estas salas, como el viajero atormentado por la sed del camino el agua de la fuente, raudales de arte y de belleza...

—

Réstame decir que hay dos salas más que mencionar: una, llamada "Galería de Oro", guarda todos los objetos de este metal, consistentes en ornamentos de iglesia, adornos griegos y romanos, etc.; y la otra, muestra muebles de los siglos pasados, procedentes de varios países de Europa. Pero como son parecidos, ambos contenidos, a otros ya mencionados, aun cuando más valiosos, no he de alargar esta ya larga crónica, y haré punto final.

—

Al salir de este palacio encantado, en que el dinero ha instalado un reino maravilloso, pienso que es grato saber que hay hombres que comprenden y admiran el valor del arte y la belleza, y que estos hombres son, sin embargo, producto de una raza mercantil a la que se tacha como falta de idealismo. Ved, empero, que trasponiendo la historia, Fenicia derrama hoy su oro prosaico ante Apolo vencedor, y siente quizá el vago anhelo de que, pues su símbolo es un águila, pueda ésta, como en los viejos mitos, tener contacto con los dioses...

Ya en la calle, plena de autos bulliciosos, miro una vez última las altas columnas, la piedra elegante del edificio, de cuyos frisos, con rumbo al oeste, hacia donde se alza el monolito, tienden el vuelo las palomas...

RUBÉN YGLESIAS HOGÁN.

Nueva York, octubre de 1924.

Homenaje a Gabriela Mistral

El Club de Poetas, Ensayistas y Novelistas (P. E. N., sección española) celebró ayer en el Savoy Hotel un banquete-homenaje a Gabriela Mistral, la gran poetisa y pedagoga chilena.

Ramón Pérez de Ayala, presidente del P. E. N. Club, se sentó a la mesa presidencial con la agasajada, con María de Maeztu, Francos Rodríguez, la escritora Concha Espina, el ministro de Méjico, señor González Martínez.

Enrique Díez Canedo pronunció unas palabras afectuosas sobre *Azorín,* anterior presidente del Club, y leyó unas cuartillas, muy bellas, sobre Gabriela Mistral, poetisa, y María de Maeztu, con palabra sentida, trazó una admirable silueta de Gabriela Mistral, mujer y pedagoga.

A continuación Gabriela Mistral leyó magistralmente una composición inédita, llena de amor a España, gran nación de generosos *perdedores*, nación que lo conquistó todo para quedarse sin nada. Esta lectura, de intensa fuerza poética, emocionó al auditorio, que rompió el silencio grave con un aplauso sostenido y entusiasta.

La fiesta terminó con la lectura de varias poesías del libro *Desolación*, muy bien leídas por D. Eduardo Marquina.

Asistieron los siguientes socios:

María de Maeztu, Concha Espina, Enrique Díez Canedo, Ramón Pérez de Ayala, Francos Rodríguez, González Martínez (ministro de Méjico), Ramiro de Maeztu, José María Salaverría, Melchor F. Almagro, Blanco Fombona, Andrés Alvarez, José A. Balseiro, Escrivá de Romaní, García Martí, Gómez de Baquero, Alberto Insúa, Marquina (Eduardo), Manuel Pedroso, Precioso (Artemio), Rivera Pastor, Pedro Sáinz, Amos Salvador, Luis de Tapia, Rafael Marquina, Tenreiro (Ramón María), Torre (Guillermo de), Vighí (Francisco), Araquistain (Luis), Ostria (Alberto), encargado de Negocios de Bolivia; Negrín (Juan), Rollin (León), Alvarez del Vayo, Luisa Gráa de A. del Vayo, Fernando de los Ríos, Pérez de la Ossa, Luis Calandre, Lafora (Gonzalo), Jiménez Aquino, R. Hernández Usera, Gil Mariscal, Araujo de Costa, Chacón y Calvo, señorita Rodig, señorita Bustamante, Henri Merimée, Francisco Soto Salto, López Montenegro, Paler Valdessana, Palma Scceillen, Sr. Gosabade.

Se mencionaron, entre otras, las adhesiones de Margarita Nelken, A. Zozaya, Eugenio d'Ors, la del poeta portugués Eugenio de Castro y del filosofo Leonardo de Coimbra, a quien se acordó nombrar socio honorario del P. E. N. Club.

Fué un acto importante, lleno de cordialidad y simpatía intelectual.

(De *A. B. C.* Madrid).



Página lírica

de Jaime Torres Bodet

=Del tomo *Poemas*, México, MCMXXIV, cuyo envío le agradecemos tanto al autor.=

NARANJAS

Naranjitas de China,
naranjitas doradas
que caían, maduras,
al corral de mi casa
de una casa vecina,
rodando, por las tapias...

Naranjitas de oro
que trae, en su canasta,
una niña que viene
cantando desde el alba:
Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?...

¡Ay, cómo recuerdan
el solar de mi casa,
con el color alegre
de sus hojitas agrias!

¡Cuántas cosas me dice
de mi vida lejana
esa niña que viene
vendiendo unas naranjas!

Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas?...

Sol... provincia... canciones...
¡Esa niña que pasa
no comprende que, a gritos,
va vendiendo mi infancia!

EL PUERTO

Eras en ti, mujer, el puerto hermoso
de otra mujer más pura, presentida,
como en la playa el mar es ya el deseo
de otra tierra ideal que se adivina.

Tu voz, tu dulce voz no era tan dulce
que bastara a acallar esa tendida
flecha de la canción, en tu alma oculta,
porque era tu canción sin ser tú misma.

Y tu semblante pálido, perfecto,
—la belleza interior nunca es precisa—
velaba en vano el rostro menos bello
al que ya el sueño juvenil tendía.

Mujer, cántaro ardiente,
que renueva la sed... ¡Sola y distinta!
Puerto de velas blancas y de mástiles trémulos,
límite vasto, línea
de espuma luminosa en donde empieza el sueño
y la verdad termina,
¿a qué tierra profusa de rosas y de pájaros
me saben hoy tus besos?... La alegría
de tus besos me arranca de tu cuerpo
como el mar donde es mar ya no es orilla...

¡Mujer! Si comprendieras a qué saben tus besos,
a qué otro sabor que tu sonrisa
y que tus ojos y que tu silencio,
¡nunca me besarías!

CONFIANZA

Esta tarde ya sé que me quieres.
Me lo dicen tus ojos dormidos,
que el silencio es, en ciertas mujeres,
una fronda cargada de nidos...

Hay palabras que el alma retiene
en tus ojos brumosos y vagos
como el cielo de otoño que viene
a morir en la paz de los lagos.

Esta tarde tu amor me penetra
como llanto de lluvia en negrura,
o, más bien, ese ritmo sin letra
que de un verso olvidado perdura.

Y me torna profundo y sencillo
como el oro de un sol tamizado
que renueva, en las tardes, el brillo
del barniz de algún mueble apagado.

LAS TRES HERMANAS DE LA REINA

Las tres hermanas de la reina
están bailando junto al mar,
mientras la tarde azul despeina
su cabellera en el palmar.

La primera es pálida y rubia
como el corazón de la miel,
y en sus ojos color de lluvia
verdece un ramo de laurel.

Es la segunda como un claro
de luna, en una selva gris,
o como el són de un nombre raro
en el puerto de algún país...

Tiene del fuego la tercera,
el misterio y el resplandor
en el sol de la cabellera
y en el ánimo turbador.

Diversas todas en el brillo
de la belleza y del mirar,
forman, en círculo, un anillo
de oro a la orilla del mar.

Todas un mismo són levantan
y bailan todas a ese són,
y la canción que todas cantan
sube de un mismo corazón.

Las tres hermanas de la reina
están llorando junto al mar

mientras la tarde gris despeina
su cabellera en el palmar.

Es la primera un lirio muerto
sobre la paz de un ataúd,
y en su alma, como en un huerto
se extravía la juventud.

Ya, en la segunda, no hay aquella
dulce palidez del rubor,
que la hacía, como a la estrella,
protectora del pescador.

Y la tercera—¡la tercera!—
¡oh qué desesperado andar
con el sol de la cabellera
cenizo ya bajo el palmar!...

Todas sollozan a un són mismo
y se desgarran, en lo azul,
junto a las bocas del abismo,
las pálidas vestes de tul.

Pero, dispersas en la sombra,
no imitan ya el anillo aquel,
que brillara sobre una alfombra
de mirtos, trémulos de miel.

Hay una voz en cada una,
y en cada una, una canción,
¡y bajo el nimbo de la luna
se divorcia su corazón!...

EL DON

Nada vale en mí mismo
antes de darlo a quien de mí lo espera.
Mi amor era una zarza en el abismo
y es, ahora, en tus labios, himno de primavera.

Era mi llanto, río
que envenenaba el limo de sus cauces,
y es, en tus ojos, claro calosfrío
de un agua vibradora entre los sauces...

Era mi caridad, vacío vaso
y de verterse a todos, está lleno.
¡Valía bien pasar la noche al raso
por ver el día en su clarear sereno!

Todo cuanto poseo se encontraba
oculto en mí. Pero faltaba darlo.
Era fuerza. Faltaba
hacer gracia del dón, para gozarlo.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica